

que se les han hecho á éstos y á otros, que están juntamente con los chichimecos, rogamos que hiciese tomar trabajo de hacer saber á V. S., á Toribio de Bolaños, y á V. S. de informarse de él, y porque el visitador, como persona que ha pasado todo por él, quisiera ir á hacerle relación á V. S., y no puede por ahora, por el recelo que todos tenemos mientras él allá no se alborote más la tierra hasta que venga el remedio de V. S.

“Dios Nuestro Señor la señoría de su ilustrísima persona guarde con acrecentamiento de mayor estado como V. S. desea.

“De esta villa de Guadalajara, á veintiseis días de diciembre.—Servidores que las manos de V. S. ilustrísima besamos.—*Diego de Proaño.—Juan del Camino.—Pedro Placencia.—Toribio de Bolaños.—Francisco de la Mota, etc.*”

### CAPITULO XCVIII.

En que se trata cómo habiendo tenido noticia el virrey D. Antonio de Mendoza del valle de Tzibola y Nuevo México, por la noticia que le dieron los religiosos, determinó ir en persona á su conquista, y no pudiendo ir, envió al gobernador Francisco Vásquez Coronado

Año de  
1540.

Ya queda dicho atrás cómo Dorantes, Cabeza de Vaca, Maldonado y el negro Esteban, habiendo escapado en varios casos y sucesos de la Florida, llegaron á México y dieron noticia al virrey de como habían oído decir á los indios, por donde pasaron, que á mano derecha había una provincia muy grande, que llamaban de Tzibola, la cual engrandecían y ensalzaban mucho y que tenía siete ciudades cercadas, las casas muy altas, de seis ó siete altos, y según significaban, las portadas adornadas de piedras de valor; pero como los indios son

arteros, no les daban tanto crédito, y particularmente por ser muy pobres los que había por do ellos pasaron, pareciéndoles que, como era gente tan mísera, engrandecerían alguna mayor abundancia que vían en los otros.

También queda dicho cómo el P. Fr. Antonio de Ciudad Rodrigo, envió religiosos á descubrir nuevas tierras, y cómo el uno de ellos llegó á la tierra de Tzibola y Nuevo México y volvió dando entera relación de ella y de lo que había visto, con que se determinó fuese en persona el reverendísimo P. Fr. Marcos de Niza, el cual fué y llevó consigo al negro Estebanico y se le mataron en el viaje, y habiendo vuelto el dicho padre y dado cuenta al virrey de ser cierta y verdadera la relación que el religioso había hecho, deseoso y alentado con las buenas nuevas, pareciéndole que podría ganar otra Nueva España, determinó enviarla á poblar y conquistar ó ir él en persona, á lo cual salió también el marqués del Valle D. Fernando Cortés, diciendo que á él le tocaba y pertenecía la conquista y población de aquella tierra, por caer en la parte del mar del Sur, de donde él, por nuevas provisiones, era capitán general. Por estas cosas vinieron á encontrarse el virrey y el marqués del Valle, de que se siguió que el marqués volvió á España, donde murió, y el virrey se determinó á enviar á la jornada, porque en aquel tiempo se hallaba mucha gente desocupada y vacía en la tierra y como corcho sobre el agua y agua reposada, sin tener donde salir ni en que ocuparse, y todos atenedos á que el virrey les hiciese algunas mercedes y á que los vecinos de México les sustentasen á sus mesas, los cuales lo hacían con muy buena voluntad, y así se halló luego gente y se aprestaron para la jornada más de trescientos hombres, todos los más de á caballo, porque ya en aquel tiempo había en la tierra gran abundancia de caballos y valían baratos, y toda la gente ó la más que para esta jornada se aprestó era gente noble, porque era la que menos tenía que hacer ni en que ocuparse, y en ninguna jornada de las que se han hecho hasta ahora en las Indias, salió gente de más lustre y más bien apercebida. Dióseles á cada uno de los de á caballo

treinta pesos de ayuda de costa y á los de á pié veinte, con promesa de repartimiento de la tierra, y todos se apercibieron lo mejor que pudieron, y el virrey les proveyó de muchas armas y de mucho ganado vacuno y carneros y algunos puercos, con que tuvieron sustento para tres años que se ocuparon en la jornada.

Determinó el virrey ir en persona á ella por parecerle ser cosa de importancia, pero muchos caballeros y otras personas nobles de la ciudad de México, se lo contradijeron diciendo la falta que haría en todo el reino, y cuán necesaria era su persona y asistencia para otros muchos negocios que cada día se ofrecían, y que pues había tantos hombres nobles y caballeros en el reino de quien se podía fiar la empresa, y dar comisión á uno para que fuese á ella; y así, pareciéndole bien lo que le decían, determinó enviar comisión al capitán Francisco Vásquez Coronado, gobernador que era de la Galicia, por ser persona de valor y de mucho gobierno, y le despachó las órdenes y soldados alistados á la ciudad de Compostela, á donde como gobernador tenía su asistencia.

## CAPITULO XCIX.

En que se trata de la jornada que hizo Francisco Vásquez Coronado para el valle de Tzibola, llevando en su compañía los benditos PP. Fr. Juan de Padilla y Fr. Juan de la Cruz y Fr. Luis de Ubeda.

Año de  
1540.

Buena fué la voluntad del virrey D. Antonio de Mendoza en querer ir en persona á este descubrimiento y jornada, por más servir á Dios y al rey, y no permitir que aquellas gentes fuesen tratadas con la crueldad que las otras de la Nueva España

y Perú, sino que con toda caridad se les predicase la ley de Dios y el santo Evangelio; pero aconsejado de la nobleza de México, como queda dicho, no tuvo efecto su determinación, por no privar la tierra de su presencia ni ponerse en viaje tan largo ni tan dudoso, y habiendo determinado enviar á Francisco Vásquez Coronado, Gobernador del nuevo reino de la Galicia, las órdenes le alcanzaron en el Valle de Banderas, á donde estaba con el P. Fr. Juan de Padilla, guardián de Tzapotlán, que había ido á verle, y entraron á visitar y ver aquellas gentes, que eran muchas, y los soldados llegaron á Compostela, á donde, con las órdenes que tenía, fué Francisco Vásquez Coronado y los halló, y hecha reseña de la gente, halló que había doscientos y sesenta hombres de á caballo con lanzas, espadas y otras armas que llaman icha-huipiles, algunos con cotas, celadas y barbotes, unos de hierro y otros de cuero de vaca crudío, y los caballos con pechos y faldones de mantas de la tierra, y de á pié sesenta hombres, algunos con ballestas y pocos arcabuces, y otros con espadas y rodelas, y de esta manera repartida toda la gente en ocho capitanías; el general tenía de guarda hasta veinticinco ó treinta personas, y por maese de campo, fué nombrado Lope de Samaniego, y por alférez real, D. Pedro de Tobar, alférez mayor del campo. Los capitanes fueron D. Diego de Guevara, D. Rodrigo Maldonado, Juan de Zaldívar, sobrino de Cristóbal de Oñate, D. Diego López de Cárdenas, veinticuatro de Sevilla; Pablo de Melgosa, capitán de los de á pié. En Culiacán se hizo otro capitán, que se llamó Melchor Diaz, que era alcalde mayor y teniente de gobernador en aquella provincia, y otro capitán fué Diego de Barrionuevo. Repartida, pues, la gente en esta manera, y hecha reseña de sus armas y caballos, se halló pasaban de mil, sin acémilas y sin otros caballos de carga en que se llevaron seis tirillos de bronce pequeños, pólvora, balas y municiones.

Dióse orden, (porque cien leguas que hay de Compostela á Culiacán, con las guerras pasadas, todas estaban despobladas, y los soldados no tenían aparejo para llevar la comida), que los capitanes entre quienes se habían repartido más de mil indios

amigos, que fueron de México, de Mechoacán, de la provincia de Avalos y de otras partes, y llevaban indias y servicio y aderezo para hacer tortillas, repartiéndose en cada compañía la carne que convenía de las vacas y ganado que se llevaba, que los capitanes diesen de comer á sus soldados; y estando todo muy bien ordenado y proveído de gente que llevasen á cargo, unos el ganado mayor y otros el menor, y llevando en su compañía á los PP. Fr. Marcos de Niza, Fr. Juan de Padilla, Fr. Juan de la Cruz y Fr. Luis de Ubeda y otros dos religiosos (que no los nombro por andar varios los historiadores), partieron de Tepic, dejando por su teniente de gobernador y capitán general, á Cristóbal de Oñate, á primero de febrero del año de mil y quinientos y cuarenta, y con pequeñas jornadas llegaron al río de Tzenticpac, y aquí se detuvieron tres ó cuatro días para pasar los carneros que para bastimento del campo llevaban, pasando los de á caballo uno á uno encima de la silla; y habiendo pasado en poco tiempo, llegaron al pueblo de Chiametla, donde Nuño de Guzmán había poblado la villa del Espíritu Santo, que duró poco y se despobló, como atrás queda referido, y habiendo llegado, hallaron toda la tierra alzada y de guerra, y así les fué forzoso ir á la sierra á buscar comida de maiz, y fué el maese de campo Lope de Samaniego con gente de su compañía y otros allegados, y los del pueblo se recogieron á la espesura de un monte, y entrando tras ellos un español, lo cogieron y lo llevaban, y al ruido fué el maese de campo á le favorecer, y asiendo de él, le escapó, y descubriendo la vista y descuidando de sí, por ayudar al soldado, los indios que estaban más adentro disparando flechas, le dieron con una por un ojo, que le pasó el cerebro hasta salir desotra parte, de que cayó muerto sin hablar palabra. Acudieron los otros soldados y trajeron el cuerpo al campo, donde lo enterraron en una enramada que se había hecho para decir misa. Fué causa de mucha tristeza, por ser uno de los buenos soldados que iban en el ejército.

Andando el tiempo, fueron llevados sus huesos á la iglesia de Compostela, y tenía la flecha tan metida y fija en el casco

y calavera, que si no era haciéndola pedazos toda, era imposible sacarla.

## CAPITULO C.

En que se trata de cómo llegó el ejército á la villa de Culiacán y se aperció de matalotaje y se dió nueva orden para caminar, y de la crueldad que hizo un capitán con los indios de un pueblo.

Año de  
1540.

Teniendo por mal agüero lo sucedido con el maese de campo Lope de Samaniego, partió el ejército de Chiametla, y el general mandó ahorcar quince ó veinte indios, que se habían cogido para castigo, y quedaron colgados de los árboles, y yendo caminando, á pocas jornadas llegaron á la villa y provincia de Culiacán que, como queda dicho, pobló Cristóbal de Oñate por orden de Nuño de Guzmán, y estaba poblada de españoles honrados y nobles, y aunque los repartimientos no eran de mucho provecho, permanecieron allí por entretenerse, hasta ver mejores sucesos; y andando el tiempo, se descubrieron unas minas, que fueron parte para que de asiento estuviesen en la tierra. Salieron los vecinos á recibir al general, por ser su gobernador y lo hospedaron, y á todos los que con él iban lo mejor que pudieron, y allí estuvo el ejército más de un mes, rehaciéndose, engordando los caballos y aperciéndose de harina y de maiz, cada uno como mejor pudo, para su camino, porque de allí adelante, había de comer de lo que llevase. Sólo se hizo dar á cada soldado un indio de los amigos que llevaban, para que le ayudasen y sirviesen, aperciéndoles que de allí se proveyesen hasta el valle de Corazones, porque hasta allí era tierra despoblada y había cien leguas de distancia, y que de allí se proveyerían para adelante, y con esta orden partió el

campo y, á las tres ó cuatro jornadas, llegaron á un pueblo que se decía de Sebastián de Evora, por haberle encomendado Nuño de Guzmán á un portugués que tenía este nombre, el cual, como estaba lejos y era de poco provecho, se fué y le dejó de paz, y después acá, se despobló del todo por una crueldad grande que un capitán usó, que aunque sucedió después de esta jornada, lo quiero poner aquí, por no lo volver á tratar, y fué que, como los vecinos de Culiacán estaban apartados de todo otro socorro y en frontera, y rodeados de gran concurso de pueblo de indios, y los que le servían y tenían por amigos era por fuerza, y así los tenían por más sospechosos, y como ellos eran pocos, que no pasaban ni llegaban á ciento, vivían recatados y sobre aviso, y así, en viendo algún rumor de cualquiera cosa que fuese entre los indios, luego el cabildo y consejo del pueblo nombraban á uno de ellos por capitán y algunos españoles é indios de los amigos que le servían, y iban y apaciguaban cualquiera cosa que hubiese, y de los rebeldes traían algunos indios, indias y muchachos, y los depositaban por cierto tiempo para servirse de ellos, y algunos los vendían, y de esta suerte se sustentaban y se hacían temer.

Sucedió, pues, que entre este pueblo y otro, hubo entre los indios algunos alborotos y disensiones, y para los pacificar y allanar, nombraron por capitán á un vecino tenido por hijo dalgo y muy buena persona, el cual recogía y acariciaba á todos los que iban á su casa, y con la gente que se nombró para ello fué á la pacificación, y en llegando á este pueblo salieron los indios de paz, y dieron la obediencia y de lo que tenían. El capitán asentó su real á la orilla de un arroyo, media legua del pueblo, y comenzó á hacer información de lo que en el caso había pasado para acudir al remedio.

Estando en esto, los indios amigos que iban con los españoles, ora con verdad ó que lo levantaron, dijeron al capitán que los indios que habían venido de paz de aquel pueblo, tenían tratado y se apercebían para dar en los españoles la noche siguiente, y matarlos á todos.

El capitán, que tenía más de bueno que de prudente, y se

picaba de valiente, mandó llamar al cacique (llamado Sebastián de Evora por haber tomado el nombre del encomendero) para que él y los de su valía viniesen al real, los cuales vinieron sin armas, ó por costumbre que tenían de no ir con ellas á verse con los españoles, ó porque se les mandó que no las trajesen, y vinieron con él hasta ciento y cincuenta gandules, y sin más información ni otra razón más que decirles que ya se había sabido su maldad y los tratos que hacían, y QUE lo pagarían allí, luego al punto, cercándolos los indios amigos y los españoles, comenzaron á alancearlos, y los indios amigos con los macanas (que son unas porras) les daban en las cabezas, que, quebrándolas, sonaban como calabazas, matándolos á todos sin que escapase ninguno (crueldad grande, si no es que fué permisión de Dios en castigo de sus maldades); y al cacique Sebastián de Evora le dijeron que aquel castigo se había hecho por el mal intento que habían tenido tratando de matar los españoles, y que Dios lo había permitido, pues sin haberles hecho mal alguno, les habían ellos querido hacer tan gran maldad, pero que pues ya aquellos malos lo habían pagado, no le matarían á él, antes le dejarían ir libremente si prometía ser bueno y estar de paz y en amistad de los españoles, á lo cual el indio con valor respondió, que no quería vida después que le habían muerto tantos, tan buenos y valientes compañeros, diciendo que le matasen porque no quería vida sin ellos, y viendo esta resolución los del real, aconsejaron al capitán lo hiciese, porque quedando vivo, podría ser causa de alguna revolución y alzamiento, y así se hizo, y fueron al pueblo y hallaron á los indios entendiendo en sus casas sin sospecha ni alteración ninguna, y que tenían en ellas sus alhajas, de que se presume fué cosa cierta, que no tuvieron intento malo, y que fué testimonio falso que levantaron á los pobres indios, y esto se prueba más porque nunca los indios intentan alzamiento ó guerra sin poner primero en cobro las mujeres, hijos y alhajas, lo cual no hubo aquí, porque todo lo hallaron quieto.

## CAPITULO CI.

En que se prosigue la jornada que Francisco Coronado y su ejército hicieron para Tzibola y de la población que Francisco de Ibarra, gobernador de la Nueva Vizcaya, hizo en ella.

Año de  
1540.

Salió el ejército de este pueblo al de Petlatlán, de quien hemos hablado atrás, y de allí pasaron á la provincia de Tzinaloa, á donde, andando el tiempo, fué el capitán Francisco de Ibarra, por nombramiento que hizo en él el virrey D. Luis de Velasco, de gobernador, capitán general y conquistador de lo que descubriese y conquistase, el cual puso por nombre á esta tierra la Nueva Vizcaya, y corrió mucha tierra y pobló las minas de Chiametla y la villa de San Sebastián en aquella comarca, y otra en una linda ribera, á quien puso por nombre Guadiana, y la del Nombre de Dios, sobre que hubo diferencia. Este nombre le pusieron á este lugar los PP. Fr. Pedro de Espinareda, sacerdote, y Fr. Cintos, de San Francisco, religioso lego, y fundaron aquel convento, porque cuando estos benditos padres se vieron en aquel puesto, que era la cosa que más deseaban, por verse entre infieles á quienes buscaban para convertirlos, hincados de rodillas y besando la tierra dijeron, que aquella era su madre y que allí habían de morir por Jesucristo, convirtiendo á su fé los enemigos de ella, y cuando comenzaron á dar noticia del santísimo nombre de Dios, nuestro Redentor, dijeron: "Comencemos esta obra en el nombre de Dios," y desde entonces se le quedó á aquel lugar este santo nombre, y haciéndose villa, después le conservó.

Otra villa pobló en la provincia de Tzinaloa, y aunque por guerra de los indios se despobló, se ha tornado á poblar y está hoy en pié. Fué Francisco de Ibarra y los que con él iban, por esta provincia de Tzinaloa hacia la mano derecha del ca-

mino que llevó Francisco Vásquez Coronado, y atravesando la sierra, fué á dar en unos grandes llanos que confinan ó confrontan con los de las Vacas, y hallaron allí un pueblo despoblado, de casas de altos, que decían llamarse de Paquemí, y mostraban haberse fundido en él metales, y de esta fundición tuvo noticia Nuño de Guzmán, y la tuvo Francisco Vásquez Coronado; pero en todo lo que se anduvo y ha andado, nunca se vió tal, y si fué la de este pueblo fundición, puede ser haber llegado á aquel paraje algunos indios mexicanos y haber fundido allí algunos metales, porque estos indios corren muchas tierras.

No juzgaron los que vieron el pueblo, haber mucho tiempo que se despobló, según parecía que debió de ser por guerras ú otros sucesos, y por no saber hallarían adelante bastimento y ir el ejército falto de él, dieron la vuelta: que si en aquel tiempo se tuviera la noticia que después se tuvo, pudieran por él ir á poblarlo y conquistarlo.

De esta provincia de Tzinaloa partió el campo de Francisco Vásquez Coronado y llegó al río que llaman de Yaquimí, y hasta aquí llegaron los puercos que se llevaban para sustento de ejército, ó si se poblase, que no pasaron más adelante; y el otro ganado de carneros y vacas fué caminando toda la tierra muy bien que el campo anduvo.

## CAPITULO CII.

En que se trata cómo el ejército llegó á Tzibola y no les contentó la tierra, pareciéndoles ser menos que lo que se había divulgado.

Año de  
1540.

De este río de Yaquimí pasó el campo sin verse otra población hasta el valle de los Corazones que, como se ha dicho, se